

## *Los sentidos en España*

JULIO ALMEIDA\*

**D**ecía (en el número 51-53 de *Cuenta y Razón*) que el ruido nos envuelve a los españoles hasta alcanzar límites tan elevados como persistentes y atosigantes. Lo miden con precisión los aparatos, y aun sin tener la sensibilidad hiperestética de un Azorín o un Juan Ramón, uno se da cuenta de que nos pasamos. En pleno día o después del ocaso, tanto da, de decibelios vamos bien servidos. La Constitución recoge una serie de derechos fundamentales. Vivir en paz, como circular libremente por el territorio nacional, ¿no es derecho fundamental de los españoles todos? No consta *expressis verbis*, pero debería garantizarse la tranquilidad a ciertas horas, a

todas las horas del día y de la noche. Si la legislación existe, pero no se cumple, peor para todos, excepto para los sordos y los ensordecidos por la bulla constante. Se dijo que las máquinas tragaperras (que nos invadieron como plaga de langosta) no podrían hacer impunemente su llamativo ruido en demanda de monedas, pero siguen haciendo jaleo visual y jaleándonos a todos. Ahora se desmadra también el volumen de las bandas sonoras de las películas en los cines y acaso en los televisores de los vecinos.

Parece evidente que la calidad de vida es incompatible con demasiados decibelios; quizá sea evidencia histórica. A este propósito

\* Catedrático E.U. Sociología de Córdoba

escribe José Luis Pinillos en *Psicopatología de la vida urbana*: “La irritación, el nerviosismo crónico de los habitantes de la gran ciudad, que contrasta con la cachaza de los campesinos, se funda en parte en la activación excesiva que el ataque estimular urbano provoca en la corteza y el sistema límbico, y de rechazo en el aparato circulatorio. No son infrecuentes las taquicardias y las elevaciones de tensión arterial ocasionadas por una exposición prolongada a ruidos que uno no es capaz de controlar”. ¿Quién no ha sufrido en sus carnes tan peculiar tormento? Porque todo el cuerpo está presente, cuerpo y alma en solidario e inextricable sufrimiento. Adviértase que “los niveles de ruido en las calles de una ciudad como Madrid sobrepasan con mucho el nivel de tolerancia normal del organismo humano... El nivel de ruido de un hogar tranquilo, o de una biblioteca, oscila entre los 30 y 40 decibelios; por encima de los 80 decibelios el ruido empieza ya a ser insoportable, sobre todo si es continuo, y a partir de los 100 las repercusiones orgánicas y psicológicas son claramente nocivas”. Como muchas calles de Madrid tienen niveles de ruido superiores a los 70 y 80 decibelios, concluye Pinillos, *con eso queda dicho todo*. En las discotecas de algún cantón suizo se prohíbe pasar de 93 decibelios, pero en las nuestras alcanzamos unos brutales 120. Conmigo que no cuenten.

Probablemente el amor al ruido, el placer del decibelio por el decibelio, guarda relación con la vulgaridad en todas sus formas. Se dice a veces, con especiosas razones, que el estruendo significa alegría sin más, pero es argumento poco convincente. Antes de que fuera un problema grave, en el número 8-9 de la *Revista de Occidente*, supo verlo Fernando Chueca: “La falta de estridencia, que es característica señorial, se toma como índice de vida apagada, de somnolencia provinciana,

cuando lo que verdaderamente señala es todo lo contrario. La ciudad moderna es cada vez más estridente por la misma razón que cada vez es más vulgar”. ¿No vale esto hoy lo mismo que en 1963?

El problema es antiguo. Hace dos siglos, en el país de la música, Kant sentenció: “Una música durante un festín de grandes señores es el absurdo más falto de gusto que la glotonería ha podido inventar nunca”. Para el filósofo, que está considerando en su *Antropología* las normas que deben seguirse para conversar y bromear mientras se cena, la música no hace falta.

En los extensos parques ingleses se ordena oportunamente por doquier: *No radios*. En algunos países multan a quienes llevan demasiado alta la música del coche, pero nosotros tenemos que oír cada tanto los altavoces de unas extrañas discotecas rodantes. ¿Acaso no puede evitarse el barullo cotidiano e inconsútil en el sur? Quiero decir en tal medida. *Barullo* es un portuguesismo, pero no hay comparación con la nación hermana. *Respeite o silêncio e a limpeza deste local*, se pide en el interior de una cafetería corriente y moliente. El local está, en efecto, silencioso e impoluto. Pero la limpieza es otro tema, que afecta —como su contrario, la suciedad— a otros sentidos. Por lo pronto, a la visión.

### *La visión*

Quería hoy no más que constatar un hecho que de puro obvio solemos olvidar. Los sentidos corporales, esas como ventanas del alma, a través de las cuales entramos en contacto con el mundo exterior, se hallan en España intolerablemente afectados. Más que de un hecho, por tanto, se trata de varios. Con algunas excepciones que la confirman, la regla es la sobrecarga de estímulos, la agresividad desmedida que tenemos que

padecer innumerables habitantes de las ciudades españolas muchas horas de cada día. La extraña movida de fin de semana es un ejemplo más.

No es sólo el ruido, aunque sí puede considerarse lo más llamativo, lo más escandaloso. Si el ojo puede cerrarse o protegerse con gafas oscuras, el oído no tiene defensa y al cabo de poco tiempo está uno fastidiado. Es también la suciedad que vemos por doquier y que un batallón de barrenderos no puede neutralizar. Pero aquí hay que hacer una salvedad. Por la razón que fuere, la suciedad española es cosa pública y nada más, aunque ya es bastante. La casa de un francés o de un suizo no está más limpia que la de un celtíbero; pero si miramos las calles, los bares, los arcenes de las carreteras, los ejidos de las poblaciones, las paredes, los campos y hasta las montañas, ¡qué diferencia! Basta cruzar la frontera europea para advertir cuán diferentes pueden hacerse hombres que viven tan próximos.

Inquirir las razones que inducen a muchos compatriotas a no respetar lo que pertenece rigurosamente a todos, es tarea que excede mis posibilidades aquí y ahora. Me limito a señalar una extraña conducta cuya importancia parece obvia y cuya solución tampoco tiene dificultad mayor. Es cuestión de educación, en el más vasto sentido de la palabra, y de policía en la acepción tradicional del término.

### *La olfacción*

La basura afecta también muy principalmente al sentido del olfato; de suerte que pasear por las afueras de la ciudad, o por los interiores, puede resultar desagradable. El proceso de la civilización, para decirlo con Norbert Elias, nos ha ido haciendo más delicados; somos menos resistentes que nuestros padres, que

nuestros abuelos. Shakespeare pudo vivir y crear la obra que creó a pocos pasos de un basural, pero nosotros ya no estamos dispuestos a soportar olores que hasta el siglo XIX y buena parte del XX eran familiares. Hasta hace no mucho tiempo, pocos españoles tenían cuarto de baño en su casa, como también eran pocos en los demás países occidentales, unos años más atrás. Para España interesa el libro de José Castillo *Sociedad de consumo a la española*, con datos anteriores a 1987.

A fines del siglo XVII, informa Elias, ya se consideraba indecente escupir en el suelo, pero en la Edad Media estaba permitido, por lo visto, incluso ante personas de rango superior; bastaba pisarlo después. ¿No está sucediendo ante nuestros ojos algo semejante con el fumar, la vieja costumbre del indio americano, que de repente ha cambiado por completo de significación? A los españoles nos ha cogido más de improviso, con un vicio más arraigado, y el cambio se ve mejor. Los héroes de las películas norteamericanas de los años cuarenta y cincuenta (un Bogart, un Cooper, etcétera) solían enarbolar un cigarrillo a modo de talismán; algunos lo llevaban pegado al labio como un molusco, como un personaje de Valle-Inclán. Pero en las películas de los últimos años, al menos en bastantes, han cambiado las tornas y desde el principio se ve claro quién es el malhechor: el que fuma. Y ahora surge un problema. ¿Cómo presentar a un viejo héroe cuya adicción al tabaco era patente? En la última versión de *Los Intocables de Eliot Ness* se sale del paso con originalidad: el incorruptible inspector de policía (Kevin Costner) es fumador empedernido, pero sólo lo vemos apagando cigarrillos en un cenicero lleno de colillas.

Desde Larra, que lo comenta, o desde mucho antes, hasta ayer, en España estábamos

acostumbrados a las nubarradas de lentos humos azules (la expresión es de Juan Ramón), humos que lo llenaban todo, aunque los locales no cerraban como hoy. A los mocitos de otras épocas se les susurraba el extravagante prejuicio de que los hombres deben fumar y tragarse el humo; más aún, se daba tácitamente por supuesto; algunos hasta confiaban en la posibilidad de echarlo por las orejas. No así las mujeres, cuyo pito en la boca (escribe don Juan Valera en 1857, desde san Petersburgo) parece que pide guerra y despierta sentimientos pecaminosos. Para la sociología es un lugar común que cuando una profesión se feminiza, pierde prestigio. Con el tabaco, que acaba de pasar a manos femeninas, ocurre algo semejante. ¿Qué sentirán hoy las chicas y los chicos que vean a Humphrey Bogart en la pantalla fumando como un carretero? Todavía no se dice fumar como una universitaria o algo así.

Pero es también, y sobre todo, que nuestras calles se han quedado estrechas. Hemos levantado edificios incommensurables, nos hemos pasado macizando espacios y los humos de los coches (los coches mismos) apenas pueden circular. La Kurfürstendamm de Berlín es una formidable avenida de sesenta metros de anchura y más de tres kilómetros de longitud, cuyos edificios sólo tienen cuatro plantas; pero nosotros hemos construido ocho alturas en callejuelas de nada, y además de los posibles alaridos de los vecinos de arriba y de abajo, de derecha y de izquierda, hemos de contar con los de la acera de enfrente, que está a dos pasos. Para que nadie corra demasiado, hemos puesto obstáculos en algunas calzadas: el *guardia tumbado*, los ingleses dicen *sleeping policeman*; pero los alemanes (leo en la revista del *Allgemeiner Deutscher Automobil Club*) han llegado a la conclusión de que así se aumentan el ruido y los gases, *mehr Lärm und Abgas*. Es desnudar a un

santo para vestir a otro. ¿No sería más razonable perseguir sólo y exclusivamente a los que se desmandan?

### *El gusto*

Fatigados por el bombardeo estimular que nos afecta por el oído, por el ojo, por la nariz, la ansiedad aumenta hasta niveles intolerables, estresantes. Según los estudios realizados en Estados Unidos, las altas frecuencias sonoras se almacenan en el estómago y producen mayor ansiedad, con lo que se induce a beber más. Esto ya lo saben al parecer los propietarios de locales públicos destinados a los jóvenes, muchos de los cuales, por una curiosa mutación de la sensibilidad, se han hecho adictos al ruido y terminan poniéndose nerviosos en una atmósfera de silencio. ¿Qué vacío tendrán! Mario Gaviria ha llegado a decir que se está promocionando una generación de sordos y de borrachos. Lo primero es evidente, como acredita el deterioro de su oído musical; pocos jóvenes saben entonar. ¿Lo segundo?

Parece en efecto que esta afición inmoderada a la bebida es moda reciente. Durante siglos, los extranjeros se han sorprendido de la sobriedad española, un rasgo de carácter que pudo ser verdad durante mucho tiempo y que llega hasta Ramón Menéndez Pidal. A fines del siglo XVII, por ejemplo, la condesa D'Aulnoy informa que los españoles, aunque se hallen en posición desahogada, casi nunca prueban el vino. Al promediar el XVIII, Montesquieu anota en el *Espíritu de las leyes* que un alemán bebe por hábito y un español por gusto. En el XIX, Richard Ford observa que la borrachera es mucho más rara en España que en Inglaterra. Y en 1926, el neoyorquino Waldo Frank afirma que los españoles no son grandes bebedores. “Se puede vivir en España un año sin ver un borracho. Están demasiado absortos en la charla para acordarse del alcohol”. Hoy no

hace falta tanto tiempo para ver gente bebida; bebida o sobria, pero charlando vívidamente, incomparablemente. Hemos adelantado mucho en esto del consumo de vinos y licores, y España disputa ya el primer puesto a Francia. Pero dejemos la bebida.

Y pasemos a la comida. Si partimos como siempre de lo claro y evidente, no hay sino que echar una ojeada a los gastos, al estilo de vida de los españoles, en fin, a los bares y cafeterías, cuyo número ya es bastante significativo; bares tan habitados como inhabitadas se dejan las viviendas. Y esa comida nacional, a juicio de los gastrónomos (y al mío), es de primera calidad: del Bidasoa a Gibraltar y a las Islas Canarias, la cocina es excelente. Por fin encontramos una gratísima excepción y damos gusto al gusto. La dieta mediterránea de los españoles (cristiana, mora y judía, apostillaría don Américo) resulta equilibrada y sabrosa; nuestros pescados azules, aceites de oliva, gazpachos diversos, etcétera, se hallan administrados con sabiduría de siglos, una sabiduría que ahora se redescubre y se paladea. El español, como el francés o el italiano, es un *gourmet*, alguien que disfruta con un buen plato.

El mundialmente famoso Paul Bocuse declaraba en nuestra televisión, después de cantar las excelencias de la cocina española, que en un restaurante lo de menos es la comida; que eso es sólo como un 30 por ciento. Parece una *boutade*. Lo importante es que el local esté limpio, agregaba, que la música sea agradable y esté baja, que los cocineros lleven cortos el pelo y las uñas. De gustos también se puede y se debe disputar, pero la opinión de Bocuse —como la de cualquiera, cuando habla de lo que entiende— interesa especialmente.

Y si de España nos vamos a Inglaterra (cuyos habitantes, malician algunos, se ocuparán de

las cocinas del infierno) cabe establecer comparaciones. Cuando Ortega, en 1949, habla de lo mal que están comiendo los ingleses, ¿qué quiere decir? Juzga —pensando *Una interpretación de la historia universal*— que es lo más valioso del momento. Franceses e italianos, españoles y portugueses difícilmente tolerarán la comida del otro lado del canal, o del túnel. Y ellos desdeñan recíprocamente los caracoles de Francia o las ancas de rana de los belgas.

¿Por qué en España se come opíparamente, con raciones y tapas a la medida de cada quien, y por qué a los flemáticos habitantes de las Islas Británicas —taciturnos, caseros, ávidos lectores— casi les da igual una cosa que otra? ¿Es aventurado suponer que, frente a tantos ruidos y basuras, en esta punta de Europa hay que comer bien para compensar? ¿Es ilícito conjeturar que todo está conexionado?

Carezco de títulos para proseguir en el análisis de los demás sentidos que, hasta unos once, tenemos. Pero por lo que se ve y se oye y se huele, hay que reclamar sin desmayo la reducción de decibelios a niveles tolerables y a horas católicas; debe pedirse limpieza en todas partes, empezando por las aulas escolares y sin olvidar las urbanizaciones, a veces incomodísimas, que nos hemos procurado o nos han legado. Un ejemplo más: lo lógico sería que la limpieza de los edificios —centros docentes, bancos, librerías— se hiciera después de la jornada; pero como acá el trabajo se pospone, el barrer se antepone y se solapa y se confunde con el mismo, con lo que hemos de inhalar una polvareda gratuita; en las escuelas no parece lo más saludable.

Dicen que la calidad de vida española es buena, incluso de las mejores. De acuerdo, pero se podría mejorar.

## *A modo de conclusión*

Una vieja definición de los españoles nos veía bajos, morenos y con cara de mal humor. La primera parte del estereotipo ya no es verdad; nuestros jóvenes ya son tan altos como los demás europeos; por otro lado, algunos maestros creen observar entre los niños de hogaño más rubios que antaño: la raza crece y se clarea a ojos vistas. Queda en pie la apariencia de la cara, cuya adustez permanece con frecuencia; los jóvenes pasotas son el último eslabón. ¡Pues no se quejan algunos de la abundancia en que sobrenadan! Claro está, y junto a razones más trascendentes, si uno ha de convivir con ruidos desaforados, con suciedad y con malos humos; si casi todos los sentidos están sobrestimulados habitualmente, ¿cómo no lo va a acusar el rostro, que es el espejo del alma?; si falta sitio con frecuencia, el problema que en 1930 previó Ortega, o si nos masificamos absurdamente; y si, *last but not least* y contra unos versos de Borges, la noche no nos libra de la mayor congoja, la prolijidad de lo real, porque quizá ni nos dejan dormir, ¿hasta qué punto es posible poner buena cara a un mal tiempo que permanece y dura? Excepción hecha de la comida, que los españoles degustamos con delectación morbosa o apresurada, los órganos de los sentidos se ponen a prueba diariamente en la piel de toro.